

LA VERDAD

DIARIO CATÓLICO.

AÑO III.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 centimos; tres meses, 4'50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Martes 28 de Julio de 1885.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y craceti-lla, 0'25 centimos de peseta linea.—Tercera plana, 12 idem de idem.—Cuarta plana, 6 idem de idem.—Comunicados, 0'25 idem de idem linea.—Papeletas de defuncion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NÚM. 751.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mútuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico D. J. Antonio Perez, calle del Puente, número 16.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—Santos Víctor, Nazario y Celso, mrs., y san Inocencio I, papa.

POLVOS Y LODOS.

(Continuacion.)

De nuevo iba á replicar la condesa; pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que esperaba una visita en un salon vecino. La condesa invitó entonces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salon en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecia preocupado, aprovechó la ocasion para despedirse.

—¿Te vas, Manolo? dijo la condesa, tendiéndole la mano.

—Sí, replicó éste: voy á dar una vuelta por el círculo, y á oír luego los *Hugonotes*... ¡Añoche estuvo Tamberlick delicioso!...

—Pero vendrás á comer mañana. Es miércoles.

—¡Ya lo creo! dijo Manolo; y dirigiéndose á las otras damas, añadió riendo: ¿Dónde encontrare un Anfitrión como la condesa... y unas *cotelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

—Ya sabes, dijo, que la condesa-anfitrión es anfitrión inamovible, y que las *cotelettes* están vinculadas á los miércoles... Ya tiene orden el cocinero de que nunca falten.

—¡Pero esos son ya demasiados mimos!

—¿Y qué quieres hijo? replicó bondadosamente la anciana. Mimar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo bajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera, poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo que no encontraba, en los bolsillos del pantalon primero, y despues en los de la levita: entonces volvió atrás, y entró de nuevo en el salon morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habian ya salido; y al verse solo Manolo, lanzó en torno suyo una mirada medrosa; acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la reina Ana y las perlas de Guzarate; allí se detuvo mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nuevo volvió á extenderla; y pálido, desencajado, temblándole las rodillas cogió al fin del jo-

yero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda, sonaron en aquel instante al otro extremo del salon: el ratero volvió aterrado la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció: sólo habia en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G. y una corona condal. Era el mismo que habia olvidado la condesa sobre el tapete, al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salon; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atravesó calles y plazas, sin saber á dónde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginacion extraviada los transeuntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinaban de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan solo la palabra *¡ladron!* la palabra *¡ratero!*...

Jadeante llegó al fin al puente D... solitario en aquella hora; y encaramándose en un pilar arrojó con furia á la turbia corriente del rio las cuatro riquísimas perlas.

Entonces, por una de esas obcecaciones de la pasion, tan comunes en el hombre, el ilustre ratero se creyó seguro y se creyó absuelto, y dejándose caer en un banco del puente, respiró desahogado!

III.

A la mañana siguiente era ya la una, y aún no se habia levantado Manolo; mas ni por eso dormia. Recostado desde el amanecer en los almohadones de su lecho, fijaba su hosca mirada en el suelo, y quizá por primera vez en la vida daba entrada su espíritu á la reflexion, fuerte y poderosa palanca del bien, si la conciencia le sirve de punto de apoyo. Atraíale esta luz clarísima dentro de sí mismo; mostrábale el precipicio que la pasion le habia ocultado, y sacudia las fibras de su alma, despertando los últimos restos de pundonor y de vergüenza que en ella quedaban. Horrorizábase entonces de haber intentado pagar una deuda con un robo; queria á todo trance hallar un arbitrio que le pusiese á cubier-

to de la ruina y la deshonra, y afanábase por combinar un plan de vida tranquila y morigerada. Mas en vano tiraba cálculos y trazaba planes: anegada su razon en un mar de ideas opuestas, parecia oscilar, como una luz que se apaga, dejando tan solo claras ante su vista aquella estaca del artesano que se levantaba amenazándole, y aquel cortinaje de seda que se movia cual un testigo que le acusase. Furioso entonces Manolo se revolcaba en su lecho, y mordía las almohadas desesperado...

De nuevo volvia á todas partes los ojos, y de nuevo dirigia á todas partes sus pensamientos, y de nuevo tornaba á encontrarse encerrado en aquel círculo de ignominia en que le aprisionaban sus deudas y su deshonra... ¡Tan solo el infeliz no elevaba sus ojos al cielo, cuya misericordia nadie le habia mostrado! ¡Tan solo no los levantaba á María, remedio de todas las angustias, á quien nunca le enseñaron á llamar *Madre!*...

Pasaban entonces en su imaginacion, cual sombras fantásticas, aquellos ya lejanos dias de ventura, llenos de opulencia y de goces, añadiendo á su angustia la amarga angustia del bien pasado que en la desgracia se recuerda; uniendo á su dolor, el merecido dolor del bien que por nuestra culpa se llora perdido... Dolor sin remedio, dolor punzante cual ninguno, que despierta ya en el alma del que lo sufre, algo de la impotente rabia del condenado!

—¡Ah! decía el infeliz sollozando. ¡Si yo supiese ganarme la vida! ¡Si yo tuviera fuerza de voluntad para vencerme!... ¡Si desde niño hubieran castigado mi insolencia y domado mis caprichos!... ¡Ay! Mi padre no quiso que un lacayo me reprendiese, y hoy me abofetea un villano... Mi madre no consintió que un profesor me amenazara, y hoy me amenaza un presidio!...

Y el infeliz Manolo ocultaba el rostro en las almohadas llorando como un niño, sin consuelo de los hombres, á quienes no osaba confiar sus penas; sin consuelo de Dios, á quien no le habian enseñado á invocar nunca. ¡Ah! Si aquel padre, si aquella madre, hubiesen podido contemplar desde la eternidad el dolor y la ignominia de aquel hijo de sus entrañas, ¡cuán paudente hubiérase juzgado la prevision de esos otros padres ricos, opulentos, grandes, que no se desdeñan de dar á sus hijos una carrera que les asegure ese mañana, siempre y hoy más que nunca incierto! ¡Cuán saludable esa severa disciplina de colegio, que acostumbra al niño á la obediencia y al tra-

bajo para preservar al hombre de la ociosidad y la soberbia! ¡Qué profundo aquel dicho de Luis XIV, cuando arrastrado por su fogosidad nunca domada, á un acto de cólera indigno de un rey, exclamaba desolado: «¿Pero no habia varas en mi reino cuando yo me educaba?...»

Un golpe dado á la puerta de la alcoba vino á sacar á Manolo de sus amargas reflexiones. Al oírlo se incorporó de un salto en el lecho, con esa zozobra compañera siempre de la mala conciencia, y no se atrevió á contestar. Abrióse entonces la puerta, y entró su ayuda de cámara con una carta. Manolo miró por todas partes aquel sobreescrito cuya letra no conocia: decidióse al fin á romper el sobre, y 4.000 rs. en billetes de Banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entonces que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

«Conozco las luchas de la vida, y sé cuán peligrosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permítame V., pues, que le ofrezca el mio, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede V. solicitar en el ministerio de Estado el destino que sea más de su gusto, en la firme persuasion de que le será concedido; y por si acaso se encuentra V. al presente en algunos de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permítame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre V. en disposicion de hacerlo.

»No es el trabajo lo que deshonra, mi buen amigo: ánimo, pues, y escuche mientras tanto un leal consejo que, si en algo le punza, es tan solo para curarlo. Difícil es ser pobre con decoro, á quien fué quizá rico con orgullo; pero si quiere usted que esto se le haga fácil, practique sus deberes religiosos, y bien pronto echará raíces en su alma esa fuerte hija de la fé que se llama conformidad cristiana.»

Manolo leyó y relejó esta carta, y fuera de sí de alegría, se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacia aquel bienhechor misterioso acudiese á su mente; sin que un movimiento de accion de gracias hacia la Providencia divina, que le tendia la mano, brotase en su corazon egoísta, y como tal ingrato.... Ya tenia con qué pagar su deuda al temible carpintero, ya tenia en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que deseaba; y

sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja condesa hubiese descubierto su robo. ¿Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran éstas de seda y podían crujir al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la condesa al pasar por allí cuando se despidió de Manolo; y el grito.... ¡ay! aquel grito ahogado cuyo recuerdo le daba escalofríos media hora ántes, le parecía entonces, sin duda de ningún género que debió de ser tan solo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele: al fin, lo que desde luego debió de ocurrirle: que quizá la misma condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque comun á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

—¡Imposible!... Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana... Esta carta tiene que ser de algun buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siempre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos, y de tal manera los trasformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre, y se encaminó con la mayor frescura á casa de la condesa.

—¡Audacia! ¡audacia! se decía para acallar aquellos temores que á medida que se acercaba al palacio de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo... Si algo sospecha, mi audacia la desorienta... Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar, ó el de pedirle perdon, confesándole mi culpa... Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestíbulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaquearonle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre condesa, de tal modo refluyó la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo, entró con paso firme en el gabinete, y... vió que la condesa le tendió la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo á pique de venderse; contúvose, sin embargo, y alegre y chancero como nunca, se puso á bromear con los otros convidados que aquel día tenía la condesa. Esta, por su parte, le prodigó las atenciones de siempre; sirvióle ella misma las famosas *cotelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

—¿Vás á la ópera, Manolo?

—A lo ménos iré al terceto, respondió éste; cantan esta noche *Lucía*.

—Pues me vas á hacer un favor, y me ahorras escribir una carta... Allí estará la baronesa, porque hoy le toca en su turno; hazle una visita de mi parte y dile que ahí lleva el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran un bolsito de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro repitiendo casi en voz alta:

—¡Nada saber! ¡nada saber!... ¡Me he salvado!

Al volver á su casa á las altas horas de la noche, como tenia de costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que antes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia, esencia favorita de la condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

—¡Imposible que sea ella! exclamó Manolo, tirando la carta con rabia. Si así fuera, seria esa mujer el demonio del disimulo...

¡Y no se le ocurrió decir al ingrato, el ángel de la delicadeza!

A pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo á la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado: habia de pagar ántes que nada su deuda al feroz carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; habia despues de firmar obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un consulado en Rusia, único país de Europa que no habia visitado; y allí, viviendo tranquilamente de su sueldo, iria pagando poco á poco lo que debia al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas frios, de que hasta entonces no habia disfrutado.

A las doce se dirigió Manolo con los billetes en el bolsillo á pagar él mismo su deuda al infeliz carpintero: temia que si daba esta comision á algun criado, se compensase éste con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detúvose para dejar franco el paso á un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

—¡Manolo! gritó éste deteniendo el coche. ¿No vienes al Hipódromo?

—¡No, no puedo! respondió Manolo, alejándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche, á seis ó siete de sus elegantes camaradas.

—¡Mira! —¡Manolo! —Ven acá! —¡Vamos á las carreras! gritaban los del coche. Uno de ellos echó pié á tierra y le cogió por un brazo; otro sacó de debajo del asiento una botella de Jerez todavía lacrada; y echándose á la cara, cual si fuera una carabina, gritaba apuntándole:

—¡O vienes, ó disparo!..

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el jóven que guiaba, y le dijo en aleman, con cierto tono incisivo:

—¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta hecha para humillarle por el hijo de un rico banquero salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Mano-

lo *El Marqués del Ocho*, le irritó de tal manera, que contestó tambien en aleman, con una arrogancia digna de su futuro consulado:

—¡Cuántas quieres te hago desde ahora!

Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora despues de tomado el *lunch*, habia perdido ya Manolo los tres mil reales del carpintero en diversas apuestas, y debia además á cierta marquesa casquivana, que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportmen*, unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella habia cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinientos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debia á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la compañía de bufos!....

¡Cuán poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa *gracia divina* que las sombras del pecado ahuyentan del alma!

(Se concluirá.)

Noticias

En la plaza.

Las corridas de toros verificadas el sábado y domingo fueron más adecuadas para matar la afición á aquel espectáculo, que para fomentarla.

Exceptuando el primer toro de la primera y de la segunda corrida, el ganado fué malo, rematadamente malo.

Las cuadrillas de Cara-Ancha y Pastor trabajaron todo lo mal que pudieron.

Mal los picadores, mal los banderilleros, excepto alguno que otro par bien puesto, y mal los matadores.

Y peor todavía que matadores, banderilleros y picadores, estuvo la presidencia.

La cual, aceptando como norma de conducta la *voluntad nacional*, no dispuso ni mandó otra cosa que lo que el pueblo, á grito pelado, quiso mandar y disponer.

—¡Caballos! gritaba el pueblo soberano.

—Pues que le den caballos—debía repetir el presidente.

—¡Varas! ¡varas!—exclamaba la voluntad nacional.

—Pues varas—decía la presidencia.

—¡Banderillas!—pedía la soberana voluntad de los espectadores.

—Pues banderillas—mandaba el presidente.

—¡A matar! ¡a matar! gritaba el pueblo.

—Pues que lo maten—y el presidente agitaba su pañuelo.

Y se quedaba tan contento y satisfecho como si lo hubiera dirigido todo á maravilla.

En fin; las corridas del sábado y domingo fueron una especie de *Convencion* en que el pueblo dispuso á gusto de su paladar, y así fué ello.

Si hubiera un plebiscito para elegir presidente de república, no dudariamos en dar nuestro voto al teniente de alcalde que presidió las fiestas taurinas del sábado y domingo, en la seguridad de que se habia de acomodar en todo y para todo á lo que pidiese la *voluntad nacional*, bueno ó malo, largo ó corto, pez ó rana.

Y no hubo ni un escándalo.

¡Claro! como que las dos corridas fueron un escándalo no interrumpido, según acontece cuan-

do cada individuo hace y consigue lo que le dá la gana.

Descanse en paz.

Antes de ayer domingo, á las diez y media de la mañana, falleció á la edad de treinta años el Doctor D. José Gutierrez Polanco, médico titular de esta ciudad. Su muerte ha sido feliz y edificante por las pruebas de fé, de piedad y de fervor que, lo mismo que cuando há tiempo recibió el Santo Viático, segun saben nuestros lectores, ha dado el resignado enfermo, aliviando de esta suerte la natural pena de su afligida esposa y de sus buenos padres.

A la cual pena se asocian de todo corazón no solo sus amigos y los de su amado hijo, sino tambien centenares de honradísimas familias pobres, á las que prestó en muchas ocasiones el piadoso Gutierrez Polanco solícita y esmerada asistencia facultativa, socorriéndolas tambien con limosnas y consejos de caridad, virtud que distinguía al finado, y eso que no atesoraba pocas. De las ba la numerosa concurrencia que asistió ayer simpatías que este gozaba, es buena prueba al funeral y á la conduccion del cadáver. ¡Tenga Dios en su gloria al malogrado médico y conceda conformidad y resignación á sus afligidos padres y esposa!

No hay tal.

Dice el diario sinalagmático que el Sr. Cárcova *trabaja* ó gestiona para no venir á mandar esta provincia, prefiriendo el mando de otra cualquiera. Eso, eso, que no venga aquí el Sr. Cárcova es lo que desean el que *pegó* el suelto en aquel periódico y los que le dejaron pegar. Pues —y hablamos con formalidad—no puede venir con mejor precedente el Sr. Cárcova. Del cual nos prometemos que no ha de consentir muchas cosas que aquí se vienen consintiendo. Celebraremos no equivocarnos.

Algunas comisiones provinciales han solicitado del gobierno, y es de creer que este atienda la recomendación, el aplazamiento de las operaciones de alistamiento, declaración y clasificación de soldados.

Fúndase la instancia en las tristes circunstancias por que atraviesa la salud pública en muchas provincias, y en la observación de ser la época de recolección de frutos la señalada para aquellos actos.

Medidas plausibles.

Lo son las que adopta estos días el Sr. Menéndez, disponiendo la expulsión de mendigos forasteros que han venido á veranear á Santander, y que este año ménos que nunca, nos hacen falta. Y eso que siempre tenemos bastantes pobres con los de casa.

Personal.

Han tomado posesion de sus respectivos cargos:

Los agentes de órden público de 2.^a clase, que lo eran de 3.^a, Silverio y Silvestre Lopez.

De agente de 1.^a clase Fidel Dominguez, actual alcaide interino de la cárcel pública de esta ciudad.

De oficial primero del gobierno de esta provincia, D. Francisco Arenas.

Las fiestas.

Grande ha sido la animación que reinó estos dos últimos días, en Santander.

Los festejos anunciados en el programa despertaron el bullicio observado siempre en nuestra ciudad durante la temporada de ferias.

La apertura de la Exposición de Ganados se verificó con la solemnidad de otras veces, y na-

